

XLV.

EXCESOS DE LA SOLDADESCA EN EL OESTE.

Mientras la ejecución de Monmouth ocupaba la atención de los londonenses, los condados que se habían levantado contra el Gobierno sufrían todos los males de que es capaz la más feroz soldadesca. Feversham había sido llamado á la corte, donde le esperaban honores y recompensas que no merecía. Hicieronle caballero de la Jarretiera y capitán de la primera compañía de Guardias de Corps, empleo muy lucrativo; pero así la corte como la City se reían de sus hazañas militares, y el ingenio de Buckingham lanzaba sus últimos destellos á expensas del general que había ganado una batalla en el lecho (1). Feversham entregó el mando en Bridgewater al coronel Percy Kirke, militar aventurero, cuyos vicios se habían desarrollado en la peor de todas las escuelas, en Tánger. Por espacio de algunos años había estado Kirke al frente de la guarnición de aquella ciudad, ocupado constantemente en luchar con tribus bárbaras é ignorantes de las leyes de la guerra entre naciones cristianas y civilizadas. Dentro de los muros de su fortaleza era un príncipe despótico. La única defensa á su tiranía era el temor de que le llamasen á dar cuenta de sus actos ante un Gobierno apartado y ne-

(1) *London Gazette*, 3 de agosto, 1685; *The Battle of Sedgemoor*, a Farce.

gligente. Podía, por lo tanto, cometer á mansalva los más atroces excesos de rapacidad, licencia y crueldad. Vivía entregado á la más completa disipación, valiéndose de todo género de violencias para obtener ilícitas ganancias; no podían venderse las mercancías mientras Kirke no se negaba á adquirirlas, ni podía decidirse ninguna cuestión de derecho hasta que Kirke había sido sobornado. En una ocasión y sólo por satisfacer un infame capricho, derramó todo el vino encerrado en la bodega de un cosechero. Otra vez expulsó todos los judíos de Tánger, enviando dos de ellos á la Inquisición española, que en seguida los hizo quemar. Apenas se escuchaba una queja contra su férrea dominación, porque el odio era acallado por el terror. Dos personas que habían intentado resistirsele, aparecieron asesinadas, y fué opinión general que habían recibido la muerte de orden de Kirke. Cuando los soldados incurrian en su desagrado, los azotaba con despiadada crueldad; pero en cambio les perdonaba el dormir estando de guardia, recorrer las calles borrachos, robar, maltratar é insultar á los mercaderes y labradores. A consecuencia del abandono de Tánger, Kirke regresó á Inglaterra, continuando al frente de sus antiguos soldados, á quienes indistintamente se daba el nombre de primer regimiento de Tánger, ó regimiento de la Reina Catalina. Y como habían sido organizados para hacer la guerra á una nación infiel, ostentaba su bandera á modo de emblema cristiano el Cordero Pascual. Aludiendo á esta enseña y al mismo tiempo con amarga ironía llamaban á esta tropa, que era la soldadesca más ruda y feroz del ejército inglés, los *Corderos* de Kirke. Aquel regimiento, que hoy es el segundo de línea, aun conserva su antigua divisa, que casi ha desaparecido bajo las condecoraciones honrosamente

ganadas en Egipto, en España y en el corazón de Asia (1).

Tal era el capitán y tales los soldados que iban ahora á disponer á su arbitrio de los habitantes del condado de Somerset. De Bridgewater, Kirke se encaminó á Taunton. Seguíanle dos carros de heridos rebeldes, cuyas heridas aún no fueran curadas, y una larga cuerda de prisioneros á pie encadenados dos á dos. Antes de llegar á Taunton hizo ahorcar algunos de éstos sin formación de proceso, no permitiéndoles siquiera despedirse de sus más próximos parientes. El poste que sostenía la muestra de la posada del *Cierro Blanco* sirvió de horca. Dícese que la obra de destrucción se llevó á cabo frente á las ventanas donde los oficiales del regimiento de Tánger celebraban alegre francachela, siendo cada brindis acompañado de la muerte de un desdichado. Cuando las piernas de los moribundos se agitaban en la última agonía, el coronel mandaba redoblar á los tambores. No quería que los rebeldes bailasen sin música. La tradición refiere que uno de los cáutivos no pudo siquiera alcanzar la indulgencia de morir de muerte rápida. Dos veces fué suspendido del poste, y por dos veces cortaron la cuerda preguntándole si se arrepentía de su traición, á lo cual respondió una y otra vez, que si lo hecho pudiera volver á hacerse, no vacilaría. Entonces, suspendiéndole por última vez, le dieron muerte. Tantos eran los cadáveres descuartizados, que el ejecutor estaba completamente cubierto de sangre. Asistía un pobre hombre de lealtad sospechosa, el cual hubo de salvar su vida haciendo hervir en un gran caldero los restos de sus amigos. El aldeano que había consentido en

(1) Véase el *Diario* de Pepys, redactado en Tánger; *Historical Record of the Second or Queen's Royal Regiment of Foot*.

desempeñar tan horrible oficio, volvió más tarde á sus antiguas faenas, pero una marca semejante á la de Caín había caído sobre él. Era conocido en su aldea con el horrible nombre de *Tomás cuece-hombres*, y los rústicos relataban aún mucho tiempo después, que á pesar de haber evitado la venganza de los *Corderos* por medio de acción tan culpable y vergonzosa, no había podido escapar á la venganza de un poder superior. Durante una gran tempestad trató de guarecerse bajo un roble, y á los pocos momentos cayó muerto herido de un rayo (1).

No puede fijarse el número de los que perecieron en aquella carnicería. Nueve figuran en el registro parroquial de Taunton, pero allí sólo se mencionan los nombres de los que tuvieron sepultura cristiana. Grande debe haber sido el número de los ahorcados y de aquellos cuyas cabezas y miembros eran enviados á las aldeas vecinas. Era en Londres en aquel tiempo común opinión que en la semana siguiente á la batalla, Kirke hizo morir á cien prisioneros (2).

La crueldad, sin embargo, no era la única pasión de aquel hombre. Gustábase el dinero, y no era novicio en las artes de obtenerlo. Un salvoconducto podía alcanzarse por treinta ó cuarenta libras esterlinas; y si bien tal documento carecía de valor legal, servía al comprador para atravesar sin molestia los puestos de los *Corderos*, llegar á un puerto de mar y huir á país extraño. Los barcos que á la sazón se disponían á zarpar para la Nueva Inglaterra, llevaban tan gran número de pasajeros, fugitivos de Sedgemoor,

(1) *Bloody Assizes*; Burnet, I, 647; *Luttrell's Diary*, julio 15, 1685; Locke, *Western Rebellion*; Toulmin, *History of Taunton*, edición de Savage.

(2) *Luttrell's Diary*, 15 de julio, 1685; Toulmin, *Historia de Taunton*.

que se temía que el agua y las provisiones fueran insuficientes (1).

Kirke era también, por manera feroz y salvaje conforme á su naturaleza, aficionado á los placeres, y nada hay más probable que emplease su poder con el propósito de satisfacer sus licenciosos apetitos. Refiriase que había logrado vencer la virtud de una mujer hermosa, prometiéndola salvar la vida de un prisionero á quien ella estaba estrechamente unida, y después de haber satisfecho sus deseos, le mostró colgado de una horca el inanimado cuerpo de aquel por quien había sacrificado su honor. Este cuento debe ser rechazado por todo juez imparcial por carecer de prueba, pues su primera autoridad es un poema escrito por Pomfret. Los historiadores más respetables de aquella edad, al extenderse refiriendo los crímenes de Kirke, ó no hacen absolutamente mención de tan horrible maldad, ó la mencionan únicamente como cosa que se decía, pero que no llegó á probarse. Los que refieren la triste historia, por tal manera difieren entre sí, que la privan de todo título de crédito. Unos hacen de Taunton el lugar de la escena, mientras otros la colocan en Exeter. Dicen unos que la heroína del cuento era una doncella, mientras otros aseguran que era una mujer casada; y en cuanto á la persona por quien pagó el vergonzoso rescate, dicen unos que fué su padre, otros su hermano y otros su marido. Últimamente, esta historia muchó antes de nacer Kirke se había atribuído á otros opresores, siendo tema favorito de novelistas y autores dramáticos. Dos políticos del siglo xv, Rhynsault, favorito de Carlos el Temerario de Borgoña, y Oliver el Ciervo, que lo fué de Luis XI de Francia, habían sido acusados de igual

(1) Oldmixon, 705; *Vida y errores de Juan Dunton*, c. vii.

crimen. Cintio se valió de este asunto para una de sus novelas: Whetstone, aprovechando la narración de Cintio, escribió aquella ruda comedia de *Promos y Casandra*, y Shakespeare tomó de Whetstone el plan de su noble tragi-comedia *Medida por medida*. Y así como Kirke no había sido el primero, tampoco fué el último á quien se atribuyó popularmente este exceso de perversión. Durante la reacción que siguió á la tiranía de los jacobinos en Francia, acusábase de un crimen semejante á José Lebón, uno de los más odiosos agentes del Comité de Salvación pública, y después de examinado el asunto, declararon aún sus perseguidores que el cargo era infundado (1).

El Gobierno estaba descontento de Kirke, no por la barbarie con que había tratado á sus infelices prisioneros, sino á causa de la interesada blandura que había mostrado á los delincuentes ricos (2).

Pronto le llamaron del Oeste. Una matanza menos irregular, pero más cruel, iba á llevarse á cabo. Difirióse la venganza durante algunas semanas, por juzgar oportuno que la visita de los jueces á la región

(1) El silencio de Oldmixon y de los compiladores del *Martirologio de Occidente*, bastaría, á mi ver, para resolver la cuestión. Merece también notarse que fué Steele quien refirió la historia relativa á Rhynsault, en el número 491 del *Spectator*. Por otra parte, casi no puede creerse que si alguien conservase memoria en Inglaterra de crimen tan parecido al de Rhynsault, cometido por un oficial de Jacobo II, Steele, tan aficionado en todas ocasiones, viniere ó no á cuento, á hacer gala de sus opiniones whigs, lo hubiese pasado por alto. Por lo que respecta á Lebón, véase el *Moniteur* de 4 messidor, año III.

(2) *Sunderland á Kirke*, julio 14 y 28, 1685. «Su Majestad, dice Sunderland, me ordena os manifieste el disgusto con que ha visto vuestra conducta en este particular, y desea cuidéis de que ninguno de los complicados en la rebelión se escape.» Justo es también añadir que en la misma carta se reconviene á Kirke por permitir á sus soldados vivir sin la menor sujeción á la disciplina.

occidental no comenzase hasta terminar en los otros distritos. Al mismo tiempo millares de prisioneros llenaban las cárceles de los condados de Somerset y Dorset. El principal amigo y protector de estos infelices en tal extremidad, era uno que aborrecía sus opiniones políticas y religiosas, cuya jerarquía ellos á su vez odiaban, y á quien habían hecho mal inmerecido; era, en suma, el obispo Ken. Aquel buen prelado empleaba toda su influencia en ablandar á los carceleros, separando cuanto podía de los beneficios episcopales á fin de aumentar y mejorar el insuficiente y mal acondicionado alimento de aquellos que habían mutilado su idolatrada catedral. Su conducta en esta ocasión estaba en perfecto acuerdo con toda su vida anterior. Cierto que oscurecían su inteligencia muchas supersticiones y prejuicios, pero su carácter moral, considerado imparcialmente, puede parangonarse con el más ilustre de la Iglesia católica, y parece acercarse, al menos en cuanto permite la imperfección humana, á la ideal perfección de cristiana virtud (1).

(1) Mucho me alegraría poder dar crédito á la tradición popular, según la cual, Ken, no bien terminada la batalla de Sedgemoor, hizo presente á los jefes del ejército real la ilegalidad de las ejecuciones militares. No dado que á encontrarse allí emplearía todo su poder en defensa de la ley y la clemencia. Pero no hay ningún testimonio digno de crédito que haga constar su presencia en el Oeste á la sazón. Vese, por el contrario, que el martes anterior á la batalla estaba en Westminster, según certifica el *Diario de la Cámara de los Lores*; y es igualmente cierto que el lunes después de la batalla estaba con Monmouth en la Torre.

XLVI.

JEFFREYS ENCARGADO DE JUZGAR Á LOS REBELDES.

Su obra de amor no fué de larga duración. Acercábase el momento de juzgar á los detenidos en las cárceles. A principios de setiembre, Jeffreys, acompañado de otros cuatro jueces, empezó aquella famosa visita del distrito occidental, cuya memoria durará tanto como nuestra raza y nuestra lengua. Los oficiales encargados del mando de las tropas en los distritos que iba á recorrer tenían orden de facilitarle toda ayuda militar que solicitase. Su feroz carácter no necesitaba acicate; sin embargo, en esta ocasión tampoco le faltó. La salud y la fuerza de ánimo comenzaban á abandonar al lord Canciller, á quien había mortificado en extremo la frialdad del Rey y la insolencia del Chief Justice, no quedándole siquiera el consuelo de recordar su vida pasada, que si no estaba ennegrecida por ningún crimen atroz, habíase manchado con la cobardía, el egoísmo y la servidumbre. Tan humillado se veía el infeliz, que cuando por última vez se presentó en Westminster, ocultaba el rostro tras un ramillete, porque, según después confesó, no podía resistir las miradas de los jueces y del público. El espectáculo de su próximo fin parece haberle inspirado inusitado valor. Determinó descargar su conciencia, para lo cual solicitó una audiencia del Rey, en la que se expresó con gran energía, hablando de los peligros inseparables de las medidas violentas y arbitrarias, y condenando las ilegales crueldades cometidas por los soldados en el Somersetshire. Poco

después se retiró de Londres y murió. Exhaló el último aliento á los pocos días de salir los jueces para el Oeste. Inmediatamente se notificó á Jeffreys que podía esperar el gran sello como recompensa de fieles y leales servicios (1).

XLVII.

PROCESO DE ALICIA LISLE.

Winchester fué el lugar elegido por el Chief Justice para dar principio á su cometido. No había sido el Hampshire teatro de la guerra, pero muchos de los vencidos rebeldes habían huído allí, siguiendo el ejemplo de su jefe: dos de estos fugitivos, Juan Hickes, teólogo disidente, y Ricardo Nelthorpe, abogado, que había sido declarado fuera de la ley por su participación en la conjura de Rye House, se habían refugiado en casa de Alicia, viuda de Juan Lisle. Este Juan Lisle había sido miembro del Parlamento largo y del Tribunal Supremo de Justicia; fué Comisario del Gran Sello en tiempo de la república, y había sido hecho lord por Cromwell. Los títulos concedidos por el protector no habían sido reconocidos por ningún Gobierno de cuantos rigieron los destinos de Inglaterra desde la caída de su casa. Mas, á lo que parece, se usaban con frecuencia en la conversación aun por los mismos realistas. La viuda de Juan Lisle era generalmente conocida con el nombre de lady

(1) North, *Vida de Guildford*, 260, 263, 273; Mackintosh, *Reseña del reinado de Jacobo II*, pág. 16, nota; *Carta de Jeffreys á Sunderland*, 5 de setiembre, 1685.

Alicia. Estaba emparentada con muchas familias respetables, algunas de las cuales pertenecían á la aristocracia, y era generalmente estimada aun de los *caballeros* tories de su Condado, pues de todos era bien sabido que había lamentado mucho algunos actos de violencia en que su marido había tomado parte, que había derramado acerbo llanto por Carlos I y había protegido y ayudado á muchos *caballeros* en los días de desgracia. Y aquella misma ternura femenil que le había hecho tratar como amigos á los realistas en la época de su desdicha, no le permitía negar alimento y un sitio donde esconderse á los desgraciados que ahora acudían á ella en busca de protección. Ella les recibió en su casa, les dió de comer y beber, y les señaló un sitio para que descansasen. A la mañana siguiente su casa estaba rodeada de soldados. Verificóse escrupuloso registro; Hickes fué encontrado oculto en la bodega de la cerveza, y Nelthorpe en la chimenea. Si lady Alicia sabía que sus huéspedes estaban complicados en la insurrección, era indudablemente reo de lo que en todo el rigor de la ley constituye un crimen capital. Pues la ley que establece distinción entre lo principal y lo accesorio, en lo relativo á alta traición, se hallaba entonces y se halla aún en nuestros días, en estado deshonoroso para la jurisprudencia inglesa. En todos los demás crímenes establece la ley una distinción entre lo principal y lo accesorio, fundada en la razón y la justicia. El que oculta á las pesquisas de la autoridad á un asesino, si bien merece castigo, no merece ser castigado como el que ha cometido el asesinato; pero el que alberga á un traidor es, según todos nuestros juristas, reo de alta traición. No es necesario hacer ver el absurdo y crueldad de una ley que comprende bajo la misma definición y castiga con la misma pena delitos colocados en

los extremos opuestos de la escala de la criminalidad. El sentimiento que hace retroceder al súbdito más leal ante la idea de entregar á vergonzosa muerte al rebelde que, acosado, perseguido y lleno de mortal angustia, le pide un pedazo de pan y un vaso de agua, puede ser una debilidad que se acerca mucho á la virtud; debilidad que, dada la naturaleza humana, apenas podemos suprimir sin suprimir con ella muchos de los más nobles y delicados sentimientos. Un gobernante bueno y sabio no puede, en justicia, sancionar tal debilidad; pero debe, en general, tolerarla ó castigarla muy levemente. En ningún caso deberá tratarla como si fuera un crimen de la peor especie. Compréndese que entre los legistas se dispute si es ó no justificable el proceder de Flora Macdonald al ocultar al heredero de los Estuardos, acusado de alta traición, ó, viniendo á nuestros días, que se califique diferentemente la conducta del bravo soldado que contribuyó á la fuga de Lavalette; pero asimilar tales hechos á los crímenes de Guy Faux y Fieschi, es un ultraje á la humanidad y al sentido común. Y sin embargo, tal es la clasificación de nuestra ley. Es evidente que sólo una administración blanda podía hacer tolerable tal estado de la ley, y en justicia debe decirse que, por espacio de muchas generaciones, ningún Gobierno inglés, á excepción de uno solo, ha tratado con rigor á aquellos cuya falta consistía solamente en haber dado albergue á insurgentes desertados y fugitivos. Las mujeres especialmente habían gozado, por una especie de prescripción tácita, el derecho de ejercer, en medio del furor y la venganza, aquella compasión que es el más preciado de todos sus encantos. Desde el principio de la gran guerra civil, numerosos rebeldes, algunos de mucha más importancia que Hickes ó Nelthorpe, habían sido protegidos contra la severidad

de Gobiernos victoriosos, por la destreza y generosidad femeniles. Pero ningún gobernante inglés que de este modo vió burlados sus propósitos, á excepción tan sólo del salvaje é implacable Jacobo, había incurrido en la barbarie ni aun de pensar en condenar á una dama á muerte cruel y vergonzosa por tan venial y disculpable delito.

No obstante ser la ley tan odiosa, aún llegaron á torturarla con el solo fin de causar la ruina de Alicia Lisle. No podía, según la doctrina sustentada entonces por la más alta autoridad, ser declarada convicta hasta después de haberlo sido los rebeldes á quienes había dado asilo (1). Sin embargo, fué llevada ante el Tribunal antes que Hickes y Nelthorpe fuesen juzgados. No era empresa fácil en ocasión semejante encontrar quien declarase contra la Corona. Los testigos prevaricaron. El Jurado, compuesto de los principales habitantes del Hampshire, retrocedía ante la idea de enviar una débil mujer á la muerte por una conducta que más parecía digna de elogio que de censura. La rabia puso á Jeffreyes fuera de sí. Este era el primer caso de traición del distrito, y, según parecía, era muy probable que la presa se le escapase de entre las garras. Juraba, maldecía y empleaba un lenguaje que ningún hombre bien nacido hubiera usado ni aun en las carreras de caballos ni en las riñas de gallos. Un testigo llamado Dunne, en parte por lo que respetaba á Alicia Lisle, y en parte por miedo á las amenazas y maldiciones del Chief Justice, se aturdió en términos de no poder pronunciar una palabra. «¡Oh cuán dura es la verdad y cuánto le cuesta decirlo á un tumante embustero presbiteriano!» El tes-

(1) Véase el preámbulo á la ley del Parlamento que revocaba su acusación.

tigo, después de una pausa de algunos minutos, balbució algunas palabras sin sentido. «*¿Hase visto, exclamó el juez con una imprecación, hase visto nunca villano como éste en toda la haz de la tierra? ¿Crees en Dios? ¿Crees en el fuego del infierno? Muchos testigos he visto, pero nunca encontré ninguno como tú.*» Y como el pobre hombre, completamente trastornado, permanecía en silencio, Jeffreys prorrumpió nuevamente: «*Espero, señores del Jurado, que no olvidéis el horrible comportamiento de este individuo. ¿Cómo es posible no aborrecerlos á ellos y á su religión? Un turco pasaría por santo, comparado con un tuno como éste. Un pagano se avergonzaría de acción tan infame. ¡Oh buen Jesús! ¿Entre qué generación de vívoras vivimos?—Milord, yo no sé qué decir,*» balbució Dunne. El juez prorrumpió de nuevo en una lluvia de imprecaciones. «*¿Hase visto jamás, exclamaba, tuno más desvergonzado? Acercadle la luz al rostro para que podamos ver su faz de bronce. Vosotros, señores abogados de la Corona, haced que se formule acusación de falso testimonio contra ese miserable.*» Después de haberse portado de este modo con los testigos, hizose llamar á lady Alicia para que se defendiese. Empezó diciendo, lo cual puede muy bien ser cierto, que si bien sabía que Hickes andaba perseguido, cuando le recibió en su casa no tenía noticia, ni aun sospechaba, que estuviese complicado en la rebelión. Era sacerdote, y como tal, hombre de paz, por lo que nunca se le había ocurrido á ella que se hubiese levantado en armas contra el Gobierno. Había supuesto que él deseaba ocultarse por haber dado orden de prenderle á causa de sus predicaciones en el campo. El Chief Justice empezaba ya á enfurecerse. «*Pero vamos á ver, ¿hay acaso uno solo de esos embusteros aulladores miserables presbiterianos, que de un modo ó de otro no haya tenido parte en la rebelión? El presbiterianismo lleva en sí toda maldad. Sólo tales doctrinas*

podían haber hecho de Dunne tunante tan redomado. Enseñadme un presbiteriano, y yo os enseñaré un pícaro embustero.» Y así continuó, en el mismo estilo, declamando por espacio de una hora contra whigs y disidentes, y recordando al Jurado que el marido de la acusada había tenido parte en la muerte de Carlos I, hecho que por ningún testimonio se había probado, y que, aun cuando fuese cierto, no tenía nada que ver con la acusación actual. El Jurado se retiró, permaneciendo largo rato en consulta. El Juez se impacientaba diciendo que no concebía cómo en una cuestión tan clara se hubieran siquiera levantado de los bancos. Envió á decirles que si no volvían inmediatamente aplazaría el juicio y los dejaría encerrados toda la noche. Hostigados de este modo, vinieron solamente á decir que la acusación no resultaba probada. Jeffreys disputó con ellos con gran vehemencia, y después de nueva consulta, dieron con gran repugnancia el veredicto de culpabilidad.

A la mañana siguiente se pronunció la sentencia. Jeffreys lo dispuso todo para que aquella misma tarde Alicia Lisle fuese quemada viva. Este exceso de barbarie sublevó la piedad é indignación aun de la clase más devota á la Corona. El clero de la catedral de Winchester reclamó ante el Chief Justice, quien, aunque muy brutal, no era tan loco que se arriesgase á una querrela por tal asunto con una corporación tan respetada del partido tory. Consintió, pues, en aplazar la ejecución para de allí á cinco días, en cuyo tiempo los amigos de la sentenciada imploraron de Jacobo merced para ella. Damas de alto rango interpusieron toda su influencia; Feversham, cuya reciente victoria había aumentado su valimiento en la corte, y quien, según se dice, fuera sobornado, habló también en su favor, y hasta el mismo Charendon,

cuñado del Rey, intercedió por ella. Pero todo fué en vano; lo más que pudo obtenerse fué una conmutación de la pena, ordenando que en vez de ser quemada fuese decapitada. Ejecutóse la sentencia en un cadalso levantado en la plaza de Winchester, y la desdichada sufrió la muerte con sereno valor (1).

XLVIII.

EL TRIBUNAL SANGRIENTO.

(The Bloody Assizes.)

En el Hampshire, Alicia Lisle fué la única víctima; pero al día siguiente de su ejecución Jeffreys llegaba á Dorchester, principal ciudad del condado donde desembarcó Monmouth, y la matanza judicial empezó entonces.

De orden del Chief Justice, las paredes de la sala del Tribunal estaban cubiertas de tela escarlata, innovación que la multitud juzgó alusiva á los sangrientos propósitos del juez. Corría también el rumor que cuando el clérigo encargado de pronunciar el sermón antes que el Tribunal empezase sus tareas, les hacía presente el deber de la indulgencia, la más horrible sonrisa había contraído la feroz boca del Chief Justice. Todas estas cosas parecían al pueblo otros tantos augurios de lo que iba á suceder (2).

(1) Proceso de Alicia Lisle, en la *Colección de causas de Estado*; Stat. 1 Gul y Mar.; Burnet, 1, 649; *Caveat against the whigs*.

(2) *Bloody Assizes*.

Más de 300 prisioneros debían comparecer ante el Tribunal. La tarea parecía pesada, pero Jeffreys encontró medio de aligerarla. Dió á entender que el único modo de alcanzar perdón ó mejora en la sentencia era declararse culpables. Veintinueve acusados que apelaron al Jurado fueron sentenciados, y ahorcados sin dilación. Los demás prisioneros se declararon culpables casi en masa. Doscientos noventa y dos fueron condenados á muerte. El número total de los ahorcados en el condado de Dorset ascendió á setenta y cuatro.

De Dorchester se encaminó Jeffreys á Exeter. La guerra civil apenas había pasado de la frontera del Devonshire. Aquí, por lo tanto, comparativamente, pocos sufrieron la pena capital. El condado de Somerset, principal asiento de la rebelión, había sido reservado para la última y más temible venganza. En este condado doscientos treinta y tres prisioneros fueron en espacio de pocos días ahorcados y descuartizados. Doquiera se cruzaban dos caminos, en todas las plazas donde se celebraban mercados, en las verdes praderas inmediatas á las aldeas que habían dado soldados al ejército de Monmouth, cadáveres encadenados pendían de la horca, haciendo al agitarlos el viento temeroso ruido, ó cabezas y miembros fijos en largas estacas envenenaban el aire y llenaban de horror al viajero. En muchas parroquias no podían reunirse los aldeanos en la casa de Dios sin ver el lívido rostro de algún vecino, que sobre el pórtico parecía contemplarlos. El Chief Justice estaba como nunca en su elemento, y á medida que la obra de destrucción iba adelante, parecía aumentar su regocijo y crecer su buen humor. Se reía, gritaba, bromeaba y juraba de tal modo, que muchos le creían ébrio de la mañana á la noche. Pero en él no era fácil distinguir